

pugnan por el logro de algun ambicioso proyecto, tiró á dividir mas y mas los elementos rivales que mantenian el equilibrio de la ciudad libre. Y comenzó por ponerse á servicio de los prelados, ofreciéndoles poner mano fuerte en el cumplimiento de todas sus sentencias y convertir los soldados ducales en verdugos eclesiásticos para que pudiera la Iglesia derramar sangre humana sin desdoro en la opinion y sin irregularidad en los cánones. Refanse los ciudadanos de que tan soberbio príncipe se convirtiera en tan humilde sacristan de obispos y canónigos, y él contestaba continuamente á tales risas que iba comenzando por servirles é iria concluyendo por dominarlos. En efecto, al poco tiempo, la casa de Saboya se volvió contra el clero y por el pueblo. Amadeo V, sin mas fe que la fe completa en su estrella y sin mas fin que el completo logro de sus ambiciones, abrazó la política liberal con el mismo empeño con que antes abrazara la política eclesiástica. La libertad, el derecho, los privilegios populares no se caian de sus labios, como si en vez de hablar un Duque, hablara un tribuno. Pero el pueblo ginebrino, aleccionado en su experiencia, supo aprovechar las divisiones de los poderes públicos para conseguir la extension y afianzamiento de sus antiguas libertades. Así el derecho municipal de Ginebra, confuso hasta entonces, pudo aclararse y definirse; los rectores populares pudieron tener mas concretas y claras sus atribuciones; el derecho de ciudadanía pudo asentarse y erigirse libremente sobre mas sólidas bases; y la política de Amadeo V, hipócrita y doble por su naturaleza, no dió mas resultado que el afianzamiento de los antiguos fueros democráticos, en cuya virtud el pueblo iba creciendo y aumentando en libertad, á despecho de los duques sus vecinos y de los prelados sus dominadores.

Mas la constancia del enemigo en atacar las libertades ginebrinas solo puede compararse con la constancia del pueblo ginebrino en defenderlas. Los soberanos de Saboya se sucedian sin ninguna interrupcion y con los soberanos se sucedian los siglos en sus eternas corrientes. Pero nó cambiaba con el cambio de unos y de otros ni el amor á sus libertades profesado por Ginebra ni la codicia por la posesion de Ginebra en sus eternos enemigos, que cansados de asechanzas armadas por su completa inutilidad, apelaron á las asechanzas diplomáticas y creyeron hallar en ellas un seguro éxito. Amadeo VIII

pensó que un Papa supremo, soberano de los obispos y del cabildo, podria darle con mas seguridad el cetro apetecido que todas las armas y todos los esfuerzos de sus intrépidos soldados. Y se dirigió á Martin V en demanda de la soberanía secular sobre la ciudad pontificia. Grande y amargo desengaño se llevó el intrigante príncipe. Fiado en su estrella que dilatara sus territorios allende Ginebra y con la reincorporacion definitiva del Piamonte, creia cosa fácil apoderarse de la ciudad del pueblo con una bula del Papa. Mas la ciudad del pueblo era libre asociacion de ciudadanos y no humildísimo rebaño de carneros. Y se levantó á reivindicar derechos que no podia perder, sino perdiendo vida y honra. En estas, Martin V volvía del concilio de Constanza y pasaba cuatro meses en el seno de Ginebra. Resentido con las constantes aspiraciones á la libertad que viera en los príncipes de la Iglesia, trataba de ahogarla, cuando palpitaban briosas en el corazon de los pueblos. Así, por su enemiga cegado, atribuía lo mismo las grandes discusiones conciliares que las grandes discusiones democráticas en las Asambleas de la República y en las Asambleas de la Iglesia, á las tentaciones continuas del espectáculo maravilloso que daba la libertad histórica en la republicana Helvecia. Y lo primero que hizo fué arrebatár á la ciudad y al cabildo el derecho de nombrar obispos y arrogárselo arbitrariamente. Nombrados los jefes de Ginebra por el Papa, ¿quién le podia impedir que nombrara tambien, dada su autoridad omnímota y arbitraria, á los duques de Saboya? Bien pronto esta trama se tendió como una red espesísima sobre la ciudad libre. El duque Amadeo VIII fué nombrado Papa con la denominacion de Félix V, y apenas elevado á tal dignidad por el concilio de Basilea, se nombró á sí mismo solemne y públicamente obispo de Ginebra. El largo sitio puesto por las ambiciones saboyanas al pueblo republicano concluyó por la doblez increíble de tamaña hipócrita victoria.

Los descendientes del Papa se sucedieron sobre la usurpada soberanía. Un nieto suyo, niño de ocho años, ocupa aquella sede tan combatida por la tempestad, al comenzar la segunda parte ó mitad del siglo décimoquinto. Dos lustros mas tarde sube á tan alta dignidad, otro nieto del Papa, niño tambien de doce años, Juan Luis de Saboya. Y al terminarse aquel siglo, como si la posteridad del Pontífice Félix V no hubiera nunca de acabarse,

asciende tambien otro nieto suyo conocido en la historia, como los dos soberanos anteriores, por su rapacidad y por su malicia. Dramática historia la de aquellos soberanos eclesiásticos movidos todos por ambiciones mundanales. Su madre Ana de Chipre, nuera del Papa Félix V, consideraba los dominios mas ó menos sagrados de sus hijos como cebos para pescar y conservar el afecto de sus compatriotas. Así, los lanzaba sobre las respectivas cortes y los tenia de retribuidos y satisfechos cortesanos. Nada tan codicioso como un extranjeró cebado en ajena tierra. Por regla general se cree con derecho á un perpetuo saco. Así, los chipriotas saqueaban á Ginebra. Este mal gravísimo se complicó bien pronto con otros males horribles. Ana de Chipre, que amaba con pasion á todos sus hijos, aborrecia con igual pasion á uno de ellos, al llamado Felipe. Todos, pues, tuvieron trono mas ó menos feudal y él no lo tuvo. Llamábanle á causa de tal abandono, Felipe sin Tierra. Y por lo mismo que tenia tal nombre se imaginaba con derecho á todo el planeta. Circuido de gentes dadas á mal vivir, siempre á caballo, con la brida en los dientes, la espada en un puño y en el otro puño la tea, ebrio de vino y de amor, representaba el férreo carácter de una sociedad feudal en el momento mismo en que esa sociedad tocaba ya en su ocaso. Lo mas horrible de tal vida era el horror que sentia por su madre semejante hijo y las injurias que le arrojaba de continuo al rostro en sus cenas orgiásticas. Un dia que su padre estaba oyendo misa en Thonon, á la ribera meridional del ginebrino lago, reúne sus compañeros y los cita y emplaza para increíble aventura. Y en efecto, poco despues de leído el Evangelio, cuando mas absortos estaban los fieles en la contemplacion del sacro misterio, entra Felipe sin Tierra en la capilla, mata despiadado al gentil-hombre de su madre en presencia de esta, enfurecida y desolada; y coge al canciller de su padre y lo arroja sin piedad al lago donde se ahoga entre la chacota y el regocijo de los circunstantes. Felipe tenia, pues, sitiada constantemente á Ginebra, cuya silla ocupaba su hermano Juan Luis de Saboya. Con la guerra dentro y la guerra fuera de la ciudad, acompañada de los vicios y de los placeres que mezclaban á porfía la sangre con el vino, Juan Luis, indocto, viciosísimo, corrompido hasta la médula de los huesos, no dejaba, en sus desórdenes, á ningun hogar honrado ni á ningun matrimonio legítimo vivir como Dios manda. Vestido á la borgoñona á pesar de su carácter

sacerdotal, armado de todas armas, en el natural olvido á que habia condenado sus plegarias y sus bendiciones, jugaba todos los juegos de azar como los soldados de profesion, repetia todas las jácaras y farsas de los juglares de su tiempo, cazaba con furia y consumia su vida en ilícitos amores y en continuos goces. Alguna vez tenia salidas extraordinarias como todos los calaveras. Así cuentan que, habiéndose un dia encerrado en su alcoba con la mujer de un carpintero, como este le sorprendiera y le apaleara hasta dejarlo por muerto, en vez de vengarse, le regaló el traje que llevaba puesto en la noche de tan soberana paliza. Tal obispo admitió sin escrúpulo á los cortesanos de su madre y los repartió en todos los cargos públicos. Pero la posicion, que tenian estos, rayaba en apurada, pues encerrados dentro de Ginebra, no podian salir ó asomarse á los muros, sin hallar sobre sí las armas de Felipe, constante sitiador de la ciudad. Por este camino cayeron en sus manos los tesoros allegados por Ana de Chipre, la cual los enviaba encerrados en quesos á los dominios de su familia. Tal acaparamiento sirvió á los planes del guerrero feudal que quiso indisponer á su padre y á su madre con estas y otras revelaciones y con la persecucion material á sus enemigos domésticos los odiados chipriotas. Con semejante directores la ciudad de Ginebra debia disolverse como un cadáver corrupto. En vano por el movimiento de los hechos y por el empeño de las circunstancias subian al solio episcopal personas como Champion, de una rigidez incontrastable. Reunia los sínodos, daba en rostro con sus vicios á los cabildos, á este sacerdote le reconvenia por su casco de guerrero, al otro por su ropilla de gentil hombre, echaba como Cristo á los mercaderes á los amigos de frecuentar ferias, tabernas, garitos y burdeles que prestaban á usura y vendian por vil oro la absolucion y la indulgencia. Una ciudad rodeada continuamente de dominios tan extensos y de tan poderosos enemigos, no podia permanecer mucho tiempo incólume, cuando por todas partes le ponian terribles asechanzas. La casa de Saboya juró la perdicion de Ginebra y Ginebra no podia desasirse de sus brazos, ora la oprimiesen, ora la halagasen.

Corria abril de 1513, y Ginebra se hallaba en pleno bienestar bajo la suave mano de un príncipe eclesiástico sabio y honrado. Mediaba el antedicho mes, cuando, en nefasto amanecer, la antes feliz ciudad trocó sus rego-

cijos por duelos. En efecto, cánticos fúnebres resonaron en todas las iglesias y largos plañidos en todas las torres. Los dados á la oracion ocupaban los templos y los dados á la guerra ocupaban las murallas. Siniestros ruidos se oian en todas partes, engendrados por el choque de las armas y el grito de los centinelas. Promovía semejante agitacion la inesperada muerte de Cárlos de Seyssel, prelado eminente por sus virtudes y por sus talentos. Temía, pues, y con razon el pueblo que los duques de Saboya se aprovecharan de caso tan triste para implantar allí alguno de sus mas fieles servidores, si no implantaban, como antes, alguno de sus mas caros hijos.

La agitacion se hizo hombre y se llamó Berthelier. Pertenecía este á la estirpe de los grandes republicanos por su elocuencia en la palabra y su energía en la accion. Amante de la libertad, parapetábase para defenderla, no en el terremoto de la revolucion, sino en el seguro de la justicia. Su palabra mostró al pueblo la situacion misérrima en que habia caido entregando el poder eclesiástico á los Papas de Roma y el poder civil á los duques de Saboya. Contra tal calamidad solo habia un remedio, volver los ojos á los tiempos antiguos y elegir los prelados por los antiguos métodos. Ginebra debia nombrar á despecho del duque y á despecho del Pontífice su propio natural prelado. La ciudad tenia ya hecha su eleccion moral en uno de sus mas queridos sacerdotes, cuando la desconcertó el continuo asedio de los enemigos poderes que habian clavado las garras en sus antiguas libertades.

Reinaba por entonces en Saboya el duque Cárlos que tuvo durante medio siglo el cetro feudal y con el cetro todas las ambiciones de su vieja y desasegada dinastía. Entre estas ambiciones ninguna tan pertinaz como el predominio en Ginebra. Así, en cuanto supo los intentos del pueblo para nombrar un obispo á la usanza republicana, tiró con refinada y perseverante intencion á contrastarlos. Y en efecto, encontró á mano un bastardo de la casa de Saboya, hijo de una meretriz y del tercer nieto de Félix V, el cual sirvió de instrumento á la régia conjuracion saboyana. Enfermo de cuerpo, apocado de ánimo, débil de corazon, mas débil aun de entendimiento, inclinado al mal, contrahecho y gafo, era Juan de Saboya la verdadera imagen de las viles intrigas cortesanas y de las rampantes ambiciones ducales. En efecto, llamado á presencia de Cárlos prometió cuanto Cárlos quiso exigirle, y ante

todo y sobre todo la dejacion de su autoridad política y de sus jurisdicciones temporales. La corte de Roma tenia entonces la pretension de casar á un Médicis con una hermana del duque de Saboya, y el precio de esta pretension fué el nombramiento de tal bastardo para la sede ginebrina. En vano los ginebrinos acudieron á Roma, el Papa no conocia, no, á tan rudos pastores de los Alpes. Bien pronto debia decirle quiénes eran el estallido tremendo de la revolucion religiosa.

La noticia del nuevo nombramiento hirió con profunda herida el corazon de los buenos ciudadanos. Habia en Ginebra gentes de ánimo entero y gentes humildes y apocadas. Los primeros proponian la protesta, los segundos la humillacion. Hallábanse á la verdad entre estos muchos ricos propietarios cuyos bienes radicaban en Saboya y que podian perder con una confiscacion todas sus riquezas. Pendientes del vil interés, al interés sacrificaban la patria de su familia y la honra de su nombre. Bien al contrario, los ciudadanos esforzados proponian abierta guerra con Saboya y alianza estrecha con Suiza. Puesto que su pequeñez y humildad no permitian de ningun modo á Ginebra luchar cuerpo á cuerpo con poder tan grande y reino tan extenso como el poder y el reino de Saboya, reducíase toda la política de los verdaderos republicanos á buscar auxilio y fuerza en las libertades helvéticas. Resistieron los tímidos, pero los animosos, encabezados y presididos por Berthelier, pidieron derecho de ciudadanía nada menos que á la ciudad suiza de Friburgo. Por esta sencilla manera establecíase y consolidábase la hermandad de los libres contra la confederacion de los reaccionarios y de los tímidos.

El 31 de agosto grandes festejos en la ciudad del celeste Lemán. En las esquinas, altares con gran copia de sacros adornos; en las casas arcos de flores, colgaduras de tapices, guirnaldas y gallardetes; en las calles teatros improvisados, comparsas vistosísimas, armoniosas cadencias de instrumentos varios, juegos públicos y ruidosos; bajo un palio, sobre andas, entre los pliegues de rico dosel, triste figura de incensado obispo á quien todos festejaban con los labios y aborrecian con el corazon: en las puertas del severo templo gótico, antigua y respetada catedral, todo un numeroso clero vestido de preciosas y bordadas capas, aguardando á su jefe con los Evangelios abiertos para que prestase juramento de fidelidad á los privilegios del cabildo y á los